

AUDREY CARLAN

CALENDAR
GIRL

ABRIL MAYO JUNIO

— 2 —

DISFRUTA
TU NUEVA
VIDA

 Planeta

ÍNDICE

Portada

Citas

ABRIL

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

MAYO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

JUNIO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Agradecimientos

El viaje de Mia continúa...

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

ABRIL

Anita Scott Shofner

El viaje de Mia en Boston está dedicado a ti, cariño.
Al igual que Mia, tú también has empezado un nuevo camino recientemente.

Estoy orgullosa de ti porque te elegiste a ti.
Creo que todo el mundo necesita anteponerse a sí mismo alguna vez en la vida.

Quiero darte las gracias,
y no sólo por ser una increíble primera lectora, que lo eres,
sino también por ser tan encantadora y buena amiga.
Namasté, amiga mía.

MAYO

Kris Ward

Tú siempre animas, apoyas, amas.
Todo en ti es angelical.

Los que te rodean anhelan disfrutar de tu hermosa personalidad.

Me recuerdas a mi madre, que ya falleció,
y por eso, mamá Kris, te dedico el viaje de Mia en Hawái.

Que el sol siempre brille con fuerza sobre ti.
Que el don de la amistad verdadera permanezca siempre a tu lado.
Que la alegría que repartes regrese a ti multiplicada por diez.
Que el amor te rodee y complete tu alma.
Con amor, siempre.

JUNIO

Lisa Colgrove Roth

Junio está dedicado a ti, ángel,
porque es un mes capital en el viaje de Mia,
igual que tú lo eres en el mío.

Cuando te uniste a mi equipo,
no me imaginé que serías una bendición tan grande.

Tu incansable apoyo y tu amistad
me han ayudado un millón de veces.
Tienes mi amor y mi gratitud por ser como eres.

ABRIL

1

«Vaya, vaya... Hola, bomboncito», fue lo primero que salió de esa boca sexi como un demonio. Por desgracia, esas palabras —acompañadas por el repaso que me dio— hicieron que me subiera la temperatura, aunque no para bien. Mason Murphy estaba apoyado en una limusina. Llevaba gafas de aviador, tenía el pelo castaño cobrizo y una sonrisa canalla que probablemente derretía las bragas de todas las aficionadas al béisbol. Por suerte para mí, llevaba ya varios meses acostumbrada a estar con tíos buenos, así que no me afectó mucho.

Le tendí la mano. Él frunció los labios, se colocó las gafas en la cabeza y me obsequió con una mirada de sus alucinantes ojos verdes. Tenían el color de las esmeraldas y eran igual de bonitos que las piedras preciosas.

—¿Cómo? ¿No me vas a dar un beso?

Yo fruncí el ceño, me crucé de brazos y eché la cadera a un lado.

—¿En serio? ¿Me va a venir con ésas?

Él se echó hacia atrás, se quitó las gafas de la cabeza y se metió una patilla en la boca. Tras volver a examinarme de arriba abajo, soltó:

—Peleona, ¿eh? Me gustan las mujeres que suponen un reto.

Abrí y cerré los ojos varias veces para asegurarme de que no seguía durmiendo por culpa del Benadryl que me

había tomado antes de subir al avión. Volar siempre me ponía nerviosa. Pero nada comparado con lo que estaba sintiendo en esos momentos. Ese hombre me atacaba los nervios.

—Es una buena pieza, ya veo.

Él abrió mucho los ojos y una amplia sonrisa iluminó su rostro, de rasgos exageradamente bien esculpidos. Tenía los pómulos altos y un hoyuelo en la barbilla. Y me estaba observando con un brillo en la mirada que no presagiaba nada bueno.

Se acercó a mí, me rodeó el cuello con un brazo y me dio un beso en la sien. Me costó un gran esfuerzo de contención no volverme hacia él y plantarle uno en toda la cara. Un puñetazo, quiero decir.

—Va a apartar ese brazo de ahí ahora mismo y va a guardar las distancias. ¿Es que no tiene educación?

Mason se acercó un poco más y se inclinó para susurrarme al oído:

—Sé lo que eres, y me parece perfecto. Más que perfecto. Nos lo vamos a pasar muy bien juntos.

Le di un empujón en el pecho para quitármelo de encima.

—Mire, señor Murphy...

—¿Señor Murphy? —repitió él en tono burlón—. Ajá, ¿por qué no? Me gusta este rollito...

Inspiré hondo por la nariz mientras apretaba los dientes con cuidado de no morderme la lengua. Ese tipo me irritaba tanto que probablemente me la habría partido en dos.

—Lo que estaba tratando de decir, antes de que me interrumpiera, es que tiene una idea equivocada de mí. Trabajo como escort, es decir, como acompañante. Y, como el mismo nombre indica, lo acompañaré a sitios. Le proporcionaré una compañía agradable.

Él se acercó aún más, me agarró por la cadera y la pegó a la suya.

—Perfecto. Me muero de ganas de hacer cosas agradables contigo —dijo frotando su pelvis contra la mía y mostrándome que algo estaba volviendo a la vida.

Suspirando, lo dejé por imposible. Le di otro empujón y le solté:

—Encárguese de mis maletas.

Él llamó al chófer de un silbido. Sí, he dicho de un silbido. Como si fuera un perro. No me habría extrañado nada oírlo decir: «Ven, chico; aquí, chico; buen chófer».

Hice una mueca de disgusto y me aparté de sus zarpas.

—No te preocupes, nena. Enseguida aprenderás las reglas del juego —dijo simulando batear una pelota.

Abrí la puerta de la limusina y me senté, poniendo los ojos en blanco. Él me siguió al interior del espacioso vehículo y juntó las manos, dando una palmada.

—¿Quieres beber algo?

Creo que lo miré como si acabaran de salirle cuernos en la cabeza.

—Es aún muy temprano.

Él se encogió de hombros.

—En alguna parte del mundo ya es mediodía —replicó, guiñándome el ojo con descaro antes de sacar una botella de champán de la nevera. Sacó la lengua y se humedeció los carnosos labios.

El rincón entre mis muslos se dio por aludido y empezó a cosquillearme de un modo muy placentero. Me crucé de piernas y sacudí la cabeza. Ese hombre era un capullo, pero un capullo muy guapo. Mason Murphy era alto, pasaba del metro ochenta, y tenía un cuerpo que alegraría cualquier portada de revista. De hecho, había aparecido en varias de ellas. Sus bíceps se contraían de un modo delicioso cada vez que se movía, y los cuádriceps hicieron lo mismo cuan-

do se colocó la botella entre las piernas para descorcharla, cosa que hizo sin que saliera espuma disparada. Un punto a su favor.

—Y ahora, bomboncito, vamos a dejar un par de cosas claras.

Abrí tanto los ojos que mis cejas casi tocaron el nacimiento del pelo. Él me dio una copa de champán. Aunque sólo eran las diez de la mañana, la acepté pensando que me vendría bien para controlar lo mucho que me irritaba ese tipo.

—Has venido aquí para hacerte pasar por mi novia, y eso quiere decir que, para que los fans, los posibles patrocinadores y los medios de comunicación en general se lo traguen, vamos a tener que mostrarnos muy cariñosos en público desde ya. Y, visto lo visto —volvió a humedecerse los labios mientras me repasaba con la mirada desde la punta de las botas, pasando por los vaqueros y hasta llegar a mi escote. ¡Cerdo!—, voy a disfrutar de cada segundo que pasemos juntos.

Ese tipo no iba a ponerme las cosas fáciles. Era un engreído, sexi como el mismo diablo, un maleducado, sexi como el mismo diablo, y un inmaduro. ¿Me dejó algo? Ah, sí: sexi como el mismo diablo.

Se echó hacia atrás, dejando su cuerpo en exposición para mi disfrute. Sonrió con ironía y se bebió su copa de un trago. No iba a permitir que ese idiota pensara que era superior a mí, así que me acerqué mi copa a los labios y la vacié de un trago. Él alzó las cejas y los ojos le brillaron de admiración.

—Ya veo que eres de las mías —comentó llevándose la mano al pecho, como si estuviera emocionado.

Me incliné para coger la botella, rellené mi copa y, con un gesto de la cabeza, le indiqué que me diera la suya. Cuando lo hizo, se la llené también.

—De acuerdo —dije entonces—, ya veo que hemos de poner un par de cosas en firme.

Él hizo una mueca, como si estuviera a punto de hacer un chiste, pero lo impedí fulminándolo con la mirada. A continuación, se dejó caer de nuevo sobre el respaldo y alzó la barbilla.

Sonreí, sabiendo que acababa de ganar el primer *round*.

—Es verdad que me has contratado para que me haga pasar por tu novia este mes, pero no soy tu fulana. —Lo tuteé, viendo que era inútil tratar de marcar distancias con él. Mason frunció el ceño—. Acostarse con los clientes es opcional para mí. El sexo no está incluido en el contrato, así que deberías haberte leído la letra pequeña, colega, porque estás a punto de descubrir lo que es un mes de celibato.

Él abrió la boca y se quedó en *shock* unos instantes antes de dirigirme una sonrisa irónica.

—¿Te estás quedando conmigo?

Negué con la cabeza.

—Me temo que no. Así que más te vale hacerte amigo de esa mano que tienes ahí, porque la vas a tener que usar a menudo este mes. Si la prensa te descubre por ahí montándotelo con cualquier fresca que te haga caso, se enterarán de que esto —lo señalé con el dedo antes de señalarme a mí— es un paripé. Y ni las molestias que te has tomado ni los cien mil dólares que has pagado habrán servido de nada. —Mason se pasó una mano por el pelo—. Te recuerdo que mi tarifa no es reembolsable. Y ¿qué crees que pensarían tus posibles patrocinadores del hecho de que tu nueva novia no te dure ni un día?

Apoyé la espalda en el asiento, me crucé de piernas y di un trago al champán, dejando que las amargas burbujas bailaran sobre mi lengua, estimulándome los sentidos.

Él me dirigió una mirada que no supe descifrar.

—Entonces ¿qué sugieres que hagamos, bomboncito?

—me preguntó mientras me repasaba las piernas y el escote una vez más antes de volver a mirarme a los ojos. Sus palabras eran agradables, pero no sonaban sinceras en absoluto.

—Para empezar, deja de llamarme *bomboncito*...

—Y ¿por qué no puedo tener un nombre cariñoso para mi chica? —me interrumpió.

Yo fruncí los labios mientras buscaba una buena manera de decírselo para que me entendiera.

—Puedes tener un nombre cariñoso para tu chica, pero búscate uno que no suene tan baboso.

Mason echó la cabeza atrás y rio a carcajadas. El sonido resonó por todo el coche, aligerando el ambiente. Si reía a menudo, tal vez el mes no se me haría tan duro. Volvió a pasarse la lengua por el labio inferior, y esa zona entre mis muslos que aún no había olvidado lo agradable que es que un hombre la acaricie con sus morritos se estremeció.

«¡Quieta, chica!», le ordené a mi libido. Desde mi festival de polvos con Wes dos semanas antes, había estado salida como el pico de una mesa, y sin esperanzas de que nadie se ocupara de mis necesidades. La actitud chulesca de mi cliente actual había hecho que lo tachara de la lista de mis posibles «clientes follables», así que mucho me temía que iba a tener que compartir celibato con él. ¡Menuda diversión!

—Mira, creo que lo mejor será que nos conozcamos un poco —le propuse—. Háblame de ti.

Mason se apoyó una mano en la rodilla de los vaqueros y miró por la ventana.

—No hay mucho que contar. Mi familia es de origen irlandés. Mi padre es basurero y sigue trabajando, aunque le

he dicho mil veces que no necesita hacerlo. Pero no le da la gana; es demasiado orgulloso.

—Parece un buen tipo. —A diferencia de mi padre. Bueno, en realidad eso no es exactamente así. Mi padre lo intentó, pero las circunstancias pudieron con él. Después del mazazo que le supuso el abandono de mi madre, perdió el norte. La verdad es que no sé cómo se puede superar perder al amor de tu vida.

Mason sonrió, mostrando sus dientes blancos y casi del todo rectos. Uno de ellos estaba un poco torcido. Muy poco, lo justo para dar carácter a su sonrisa.

—Mi padre es el mejor; sigue siendo un tipo duro. Aunque trabaja demasiado. Siempre lo ha hecho, para sacarnos adelante a mis hermanos y a mí.

—¿Cuántos hermanos tienes? —le pregunté, genuinamente interesada.

Mason levantó tres dedos mientras daba un sorbo al champán.

—Mis hermanos están todos pirados, pero los quiero —dijo con más acento bostoniano que nunca, lo que indicaba que se había relajado.

¡Qué sexis son los acentos, joder! Me iba a costar mucho dejar las manos quietas si Mason resultaba ser un tío majo.

Me miró entornando los ojos, que se oscurecieron.

—Ya verás cuando se enteren de que me he ligado a un chochete como tú.

«Y el gilipollas apollardado vuelve a la vida, señores...» Respiré hondo y sacudí la cabeza soltando el aire lentamente.

—Tres hermanos, vale. ¿Son mayores que tú o más pequeños?

—Todos son más pequeños que yo. Brayden tiene veintiuno; Connor, diecinueve, y el menor, Shaun, diecisiete.

Aún no ha acabado el instituto.

Me incliné hacia adelante y dejé la copa vacía en el soporte.

—Vaya, cuatro chicos.

Mason asintió.

—Sí. Brayden estudia Formación Profesional y trabaja de camarero. Dejó embarazada a una chica durante su último año de instituto. —Hice una mueca—. La muy zorra le endilgó a la criatura y se largó. —Me quedé boquiabierta. ¿Cómo podía alguien abandonar a un bebé que era carne de su carne? Bueno, vale. Mi madre también lo hizo pero, igualmente, cada vez que oigo que alguien abandona a un niño me hierve la sangre—. Así que Bray sigue viviendo en casa de mi padre con su hija Eleanor.

—Eleanor —repetí—, es un nombre bastante anticuado, ¿no?

Él sonrió y miró por la ventanilla con expresión melancólica.

—Sí, se lo puso por mi madre.

—¿Tus padres están separados?

Él negó con la cabeza.

—No. Mamá murió hace diez años. El cáncer de mama se la llevó demasiado pronto. En casa sólo ha habido hombres durante mucho tiempo. Hasta que llegó Eleanor.

Me eché hacia adelante y le apoyé la mano en la rodilla.

—Lo siento, no debería haber preguntado.

Él sacudió la mano, quitándole importancia.

—Ha pasado mucho tiempo. No importa. Luego está Connor, que va a la Universidad de Boston, y Shaun, que se pasa el día con la mano metida en chochos adolescentes.

Fruncí el ceño y solté un gruñido.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Decidí obviar el detalle de que pronunciar esas palabras en compañía femenina era una muestra de in-